

"VOY DE RET

Por ALBERTO DIAZ - LASTRA

NICASIO escupió al pie del horcón antes de echar el primer trago de aguardiente.

—Así, con azucarita y limón, ni se siente el buche; y me venís haciendo una falta... Pues sí, compadre, voy de retache. Dejé un pendiente en mi rumbo y vengo a liquidarlo. No me preocupa tanto la deuda con la justicia. De eso Dios dirá. Pero lo de mi mujer no se queda tranquilo. Caridad tendrá sufrido lo suyo; y no está bien que yo no dé la cara. Después de lo que me hizo tengo que verla por fuerza.

Empinó la jicara hasta vaciarla. Destripó entre los dientes las ceidillas de limón asentadas y el sabor del alcohol se hizo más suave.

—Y es que usted no está bien noticiado del caso, compadre. A usted le consta que la Caridad fue buena mujer toda la vida. Sericicia desde que empezó a peinar la trenza. Me acuerdo de aquel tiempo... Por toda la ranchería se hacían cruces de quién se la llevaría para su jacal. Y, pues, me tocó a mí. Fue de ley conmigo desde que le hablé abajo de aquellos saucos donde lavaba el maíz. Y fueron más de los dos años que trabajé duro y tupido para darle el ajuar del casorio. Y recuerdo que hasta la jornada se me hacía sabrosa cuando sabía que ella estaba esperando con la comida a punto. Fueron buenos tiempos... Pero eso ni a cuento viene.

Tomó la jicara y le vertió una porción de azúcar.

—Vamos preparando un aguardiente; ahora que si no le queda, yo traigo un par de botellas en el morral, compadrito... Pues sí, lo malo resultó de que tuviera que matar al tal Pancho de la O; ese fue el desbarraque de todo.

Exprimió el limón arrugando la nariz y el ceño. Con la punta del cuchillo removió el aguardiente de caña.

—Como le estoy diciendo, yo ya sabía la clase de trácala que era el Pancho; pero nunca me había tocado tener con él ni un sí ni un no. Me llegaban los diceres de que, como era protegido del patrón, hacía de las suyas sin ver cómo ni a quien. Que si le rebajaba el jornal a un peón nomás por sus calzones, que si le quitaba a otro un tercio de la cosecha porque el pasto no había quedado bien sembrado... Pero verdad es que tenía muy mala voluntad de todos. Y bien ganada. Pero, como ya le dije, conmigo no había tropezado desde que yo llegué de aparceiro; y eso que ya era encargado de la finca.

Encendió un cigarro en la ascua de un carbón a medio quemar. Tosió resgando fuerte para aclarar la voz.

—Pero la gente de a caballo nunca es de confiar. Tienen mala intención toda la vida. Y uno que es tranquilo por el trabajo que hace en la parcela, pues se va aguantando una cosa más que otra... Pero aquel día que entré al jacal me di con que me había tocado el turno. Su comadre, la pobre de Caridad, estaba en un hipo de tanto llorar. Pa pronto no me quiso decir la verdad; que se había caído subiendo del barranco... Por eso no llora nadie con desconsuelo; así le dije. Hasta

que me empezó a contar en medio de grandes resuellos lo que había pasado...

Se prendió de la jicara casi con rabia. Los grandes tragos le hicieron trabajar la garganta con dificultad.

—Que ya antes la había requerido Pancho de la O. Primero una vez que fue a la tiendita a comprar viveres. Luego mero junto a la parcela, un día que volvía de dejarme un bocado. Pero aquel día que le cuento se había llegado hasta la choza, ¡el muy cabresto! Le dijo, no sé cuanta historia. Que si yo no tenía porque enterarme, que si le iba a traer un rebozo del pueblo. Hasta le presumió de que siendo uña y carne con don Waldemar, las cosas podían mejorar para todos. ¡Mire usted, compadre, hasta donde llegaban los enredos del tal Pancho... Caridad lo echó de la casa; lo amenazó con decírmelo. Y si, se fue Pancho; pero antes le echó una tentada por las corvas y le besó la nuca... Ya pa irse le dijo entre risas que no le importaba que yo lo supiera. «Ese es un manso —le dijo—, a mí no me asustan ni veinte como él. Es un manso».

Con la misma colilla dio fuego a otro cigarro. Lo aspiró profundamente, sonando el aire entre los dientes.

—Yo estaba que un hervor se me iba y otro me venía. Me fajé el machete que ratito antes había colgado del garabato y salí del jacal trinando de coraje. Creo que la Caridad me decía cosas entre llanto; tal vez que no fuera a donde iba. Pero yo ni la escuchaba. Tenía amarga la boca y sólo iba mascando: «¡Maldito Pancho! ¡Mal rayo te parta Pancho!»

Se levantó impetuosamente y de pie bebió el resto de licor. Caminó hasta la puerta y dejó que la mirada se perdiera en los pastizales que se abrían en la llanura. Ni una hoja se movía en el campo. Cuando se volvió había envejecido muchos años.

—Verá usted como lo hallé. Sabía que

por aquella hora tenía que darle agua a su caballo y al de don Waldemar; así que me fui derecho al arroyo. Dicho y hecho; apenas pasé los tintales lo vi que ya iba de regreso a la hacienda. Encorajinado hasta las cachas le pegué un grito: ¡Panchoo, pára'e bandido!... Lo miré que se paraba dándome el frente. Ya sin mucha prisa empecé a andar sobre de él. La relente del medio día se levantaba del polvo del camino como un hornillo; lo recuerdo muy bien porque aquella visión, tan de todos los días, me hizo pensar que qué necesidad había de todo aquello cuando el hombre bastante tiene con ganarse el jornal. «¡Con que ya te han ido con el chisme, pendejo!» Así me dijo cuando lo tuve a unas cuantas brazadas de mí.

Nicasio se ahogaba. No sabía si debido al sofocante bochorno del jacal de su comadre, o a la escena que ahora sentía vivir nuevamente.

—«Aquí va a quedar uno de los dos, maldecido! Porque no merece vivir aquel que va a tentarle a la mujer de otro. Así le dije. ¿Creerá usted, compadre, que se iba a quedar callado? Ni siquiera. Pendeñero que había sido desde antaño, ni se achicó por más que yo lo miraba como un tigre. «¡Ni que tuviera comprada la vida, pedazo de...! ¡Ya estaría de Dios que me la jugara con un desgraciado milperol!»

Tragó saliva con cierta dificultad. Pese a los copiosos tragos de caña, sentía la boca con un sabor a cuero recién curtido.

—Ya para esto tenemos los dos peliños los machetes... ¡Qué momento, compadrito, qué trance de pasar! Creo que en aquel inter pude vivir todo el miedo y el coraje de una vida. El tintineo de los machetazos me ponía carne de gallina, pero ni así. El Pancho sudaba que estaba empapado hasta los calzones; a lo mejor yo estaba como él. Y así nos dimos un buen rato. Tan luego yo reculaba como estaba de vuelta cargando sobre de él.

El brazo lo sentía como lleno de hormigas del peso del machete. Por eso fue que cuando sentí que le hundía en carne me vino un gran alivio. Fue un tajo que le alcanzó por la cadera. Y cayó en un grito. Pero todavía no soltaba el fierro y me le fui encima con ánimo de picotearlo. Pero después del primer golpe me detuve espantado. Ahí lo tenía revolcándose junto a mis pies, con los ojos grandes como de toro. La hoja le había entrado mero donde nace el pescuezo; de ahí pa abajo. Se le asomaba un hueso, y como el tajo iba sesgado, por ahí le salía un estertor bronco como el de un cochino cuando jocicase la tierra. Me miró todavía un poquito con gran espanto de su parte; luego echó los ojos pa atrás y temblequeando se fue arriscando hasta que se desmadejó todito.

Los rayos del sol, muy perpendiculares, se cribaban por entre las varas que hacían la pared de aquel lado de la choza. Los listones de luz anaranjada lamían la tierra endurecida del suelo hasta cerca de los pies de Nicasio que se había sentado cerca del fogón.

—Eso y mil averiguaciones más que se hicieron en tan sólo aquella tarde. Yo me vi amarrado de las manos en casa del comisario ya entrada la noche. Afuera había un rebumbio de toda la gente que se había juntado a saber lo que iba pasando. Mi mujer me calentaba café en el fogón que le habían dejado que usara. Me acuerdo que yo temblaba. Y era día de calor.

El rostro de Nicasio se presentaba ahora distinto. Extrañamente apacible. Con grandes surcos de cansancio, de pena.

—Supe que esa misma tarde salió un propio al pueblo; iba a apersonarse con la autoridad para decirle que un hombre había matado a otro. Pero no era como siempre; esta vez la influencia de don Waldemar iba a cargarme el morral con adorno y medio. Ya me temí lo peor. No quiso ni hablar conmigo el patrón; y eso que siempre en casos parecidos entraba de mediador para bien de su gente. Ahora iba a la contraria. Mi único alivio era mirar que Caridad estaba cerca, silenciosa, mirándome con gran lástima. Ni me pasaba por la cabeza que esa querencia, que era lo único que me mantenía, se iba a terminar de tan fea manera. Haciendo de mi vida un infierno peor al que estaba pasando. Odiando a aquella hembra que tanto había querido, por la que había llegado a matar. Ni se me ocurría.

La tez curtida y prieta de Nicasio absorbió un par de lágrimas como la tierra cuarteada del verano al agua de los chaparrones.

—Si no es que me aturda, compadrito. Ya, ya me aquieto. Ahora le suelto el resto... No sé cuanto más se dijo cuando el castrin aquel —abogado creo yo— se enteró de cómo había sido lo que ahora llamaban el «shecho». Total, que pa cortas providencias me dijeron que mismamente por la mañana saldríamos para el pueblo. Que allá me juzgaran. Que el peso de la ley... que las agravantes... ¡que la madre envuelta en huevo!... Todo



ACHE"

eso me lo dijo don Waldemar. Le brillaban los ojillos cuando eso; parecía gozar cuando me decía: «De esta no sales, mandado. La ley te cobrará la muerte de un hombre de bien. Te van a fusilar, Nicasio; como si lo vieras... Y yo me lo creí, porque si don Waldemar lo quería, pues ni más ni menos que así se haría. Pa eso estaban su dinero y sus amigos de la ciudad de por medio. Cuando todos se fueron y ya el abogado se tiraba a descansar un rato, escuché a Caridad que le hacía preguntas. Muy suavecito. Con la misma humildad con que se habla al señor cura. Después unas palabras fuertes de él. Y después nada. Caridad durmió afuera, la espalda recargada contra el mero sitio donde yo estaba amarrado...

—Nunca supe por qué no salimos en la mañana. Que iban a pesquisar al difunto, creo yo. Así que fue hasta entradita la tarde que salimos. El abogado me aseguró las manos con unos fierros con llavé y me treparon a una de las dos bestias que el comisario tenía a punto. Y echamos a andar, los tres, yo y el abogado, a caballo, la Caridad, a pie pelado. Y se nos echó la noche apenas pasado el arroyo del Guanál. Quizá serían como las diez, quizá las once, por la luna digo, cuando llegamos a la hacienda de Palma Nueva. Y dije que íbamos a dormir ahí. Me encerraron en un cuartito separado, donde había sal, granos y cal suelta que hacía llorar de lo fuerte que era. Ya no supe; estaba como muerto. De cansancio y de miedo. «Te van a matar Nicasio». Así me decía. Y con aquella jeringa me quedé dormido.

Una luz de petróleo ardía tremolando sobre su cabeza. Esperé que volviera la atención de su compadre para seguir.

—Ya era la hora del lucero del alba cuando me recordé. Un fresquecito entraba por la puerta... que estaba abierta. También me sorprendió que los fierros de las manos ya no estaban. Tenté a mi lado y hasta un morral con víveres había. «Me habrán soltados, me dije. Y con el corazón que casi se me salía por la boca me asomé cuidadoso. Nadie. Ni Caridad. Ya no me puse a hacer más intenciones. Eché a correr pa lo tupido del monte. Y se me agarró un miedo al espinazo. «¿Y si te están dando «ley fuga», penéjo?» Pero no me importó. La hora es la hora. Y moviéndome de miedo me perdí en lo espeso...

Tenía comida enfrente. Entre bocado y chasquear de lengua Nicasio reanudó. Se atragantaba sin saber por qué.

—Dos días anduve como los mismos animales; que no me atrevía a asomar el hocico por ninguna parte. Pero a la noche del segundo día me escurri por un platanar hasta la casa de mi suegra Jacinta.

—«¡Que te vayas, hombre de Dios! Que todo quedó arreglado para que huyeras. A donde no te encuentre ni el diablo. Me gritó.

—Así me dijo doña Jacinta, y así me supe la verdad de todo. Que el hombre aquel iba a decir que me le había escapado en un descuido. Que trataría de echarle tierra al asunto. Que yo me ausentara por si si o por si no. Que con esa mira se había acostado mi Caridad con él. Ahí fue donde supe que nunca perdonaría a la mujer. Que Caridad estaba más que muerta para mí... Y así me tocó este tiempo andando en la frontera como un perro con rabia. Robándome una gallina aquí y haciendo aguardiente con caña robada allá. Pero en medio de todo me di cuenta de otra cosa. Que las cosas no están terminadas. Que tengo un pendiente por este rumbo. Que muerta para mí, es un difunto que me está apesando demasiado. Es por eso que ahora voy de retache a la finca. A terminar mi asunto. Pasaré la noche con mi compadre. —Así me dije—. Pero con la fresca de la madrugada arriando la montura y pa la media mañana me le presento a Caridad. Eso si se lo digo, compadrito...

Nicasio corrió todo lo que pudo desbarrancándose por la vega del arroyo. Unos perros ladraban muy cerca. Más atrás los gritos enardecidos de la peonada que buscaba el rastro. Nicasio sollozaba convulso mientras recordaba el gesto afligido de Caridad cuando le atenazó el cuello. Aquel cuello demasiado frágil para unas manos que habían empuñado el machete toda una vida. Y los gritos se fueron haciendo más nítidos conforme él sentía que el lodo dificultaba su carrera. Oyó el resto de una conversación excitada; perdida entre los zarzales.

«¡Ya es manía que agarro! Había razón. Primero al Pancho, luego ya ven cómo apareció el abogado que lo llevaba preso: con la garganta entre aquellos fierros que le había puesto en las manos. ¡Y ahora la Caridad! ¡A su mismísima mujer! ¡Que no se vaya, que ya es manía!

El primer golpe se lo dieron con un remo, o una estaca. Algo que estaba clavado en un varadero al que Nicasio iba llegando.

(Ilustraciones de F. ALVAREZ)

NOTA DE LA REDACCION

Por causas totalmente ajenas a nuestra voluntad no se publicó en el número anterior de TRIUNFO la habitual narración del concurso que hemos convocado. Por esta circunstancia, y otras que más adelante expondremos, prolongaremos el plazo fijado en las bases de la convocatoria para publicar las narraciones seleccionadas, con arreglo a normas que oportunamente estableceremos.

